



# PHILIP K. DICK

Confesiones de un  
artista de mierda



minotauro

# PHILIP K. DICK

Confesiones de un  
artista de mierda

Jack Isidore (de Seville, California).  
Crónica de un hecho científico verificado.  
1945-1959

minotauro

Título original:  
*Confessions of a Crap Artist – Jack Isidore (of Seville, Calif.):  
a chronicle of a verified scientific fact 1945/1959*

© 1975, Laura Leslie, Christopher Dick and Isolde Hackett.  
All rights reserved

© Traducción de Juan Pascual Martínez Fernández, 2021

© Editorial Planeta, S. A., 2021  
Avda. Diagonal, 662-664, 7ª planta. 08034 Barcelona  
[www.edicionesminotauro.com](http://www.edicionesminotauro.com)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

ISBN: 978-84-450-0610-8  
Depósito legal: B. 322-2021  
Preimpresión: Ediciones del Simio  
Impreso en España

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

# Uno

Estoy compuesto de agua. No tendrías modo de saberlo, porque forma parte de mí. También mis amigos están compuestos de agua. Todos ellos. Para nosotros, el problema no solo consiste en que debemos caminar por la vida sin ser absorbidos por la tierra, sino que también tenemos que ganarnos la vida.

En realidad, existe un problema todavía mayor. No nos sentimos cómodos en ninguna parte. ¿Por qué?

La respuesta es la segunda guerra mundial.

La segunda guerra mundial empezó el 7 de diciembre de 1941. En aquella época, yo tenía dieciséis años y todavía asistía al instituto Seville High. En cuanto oí la noticia en la radio, me di cuenta de que me iba a implicar, de que nuestro presidente por fin tenía la oportunidad de darles una paliza a los japoneses y a los alemanes, y que haría falta que todos trabajáramos juntos, hombro con hombro. La radio la había construido yo mismo. Siempre andaba montando receptores de tubos quíntuples de superheterodino. Tenía la habitación abarrotada de auriculares, cables y condensadores, además de muchas otras piezas de material técnico.

La emisión de la noticia del ataque por la radio interrumpió un anuncio de pan que decía: «¡Homer! ¡Trae pan Homestead en vez del otro!».

Odiaba ese anuncio, y acababa de levantarme de un salto para cambiar de emisora cuando cortaron en seco la voz de la mujer. Naturalmente, lo noté; no tuve que pararme a pensar para comprender que algo pasaba. Tenía mi colección de sellos coloniales de Alemania, en la que salía el yate del Kaiser, el *Hohenzollern*, dispersos y a muy poca distancia de la luz del sol, y sabía que tenía que montarlos en el álbum antes de que les pasara algo. Sin embargo, me quedé de pie en medio de mi habitación, sin hacer absolutamente nada, salvo respirar, y, por supuesto, mantener los demás procesos normales en marcha. Mantuve mi lado físico mientras mi mente se concentraba en la radio.

Mi hermana, mi madre y mi padre, como era habitual, habían salido a pasar la tarde fuera, así que no tenía a nadie a quien contárselo. Eso hizo que me pusiera lívido de rabia. Después de oír la noticia sobre los aviones japoneses que nos habían bombardeado, me puse a correr arriba y abajo tratando de pensar a quién llamar. Al cabo de un rato, bajé corriendo la escalera para llegar a la sala de estar y llamé por teléfono a Herman Hauck, con quien solía relacionarme en el instituto y con quien compartía pupitre en la clase de Física 2A. Le conté la noticia y vino de inmediato a mi casa en su bicicleta. Nos quedamos sentados y esperando delante de la radio mientras discutíamos la situación.

Y mientras discutíamos, encendimos un par de Camels.

—Esto significa que Alemania e Italia entrarán en guerra —le dije a Hauck—. Esto significa una guerra con el Eje, no solo con los japos. Por supuesto, primero tendremos que acabar con los japos, y luego dirigir nuestra atención a Europa.

—Estoy contento de que tengamos la oportunidad de machacar a esos japos —dijo Hauck. Ambos asentimos, de acuerdo con eso—. Tengo ganas de que entremos en guerra ya —añadió.

Paseamos arriba y abajo por mi habitación, fumando y escuchando la radio.

—Esos mierdas pequeños y amarillos —dijo Herman—. ¿Sabes?, no tienen una cultura propia. Toda su civilización se la robaron a los chinos, ¿sabes? En realidad están más cerca de los monos; no son realmente seres humanos. No es como luchar contra seres humanos de verdad.

—Eso es cierto —le dije.

Por supuesto, eso ocurrió en 1941, y una declaración tan poco científica como esa no se discutía. Hoy sabemos que los chinos tampoco tienen cultura. Se entregaron a los rojos como la masa de hormigas que son. Es algo natural para ellos. De todos modos, en realidad no importa, porque estaba claro que acabaríamos enfrentados a ellos más tarde o más temprano. Algún día tendremos que machacarlos como machacamos a los japoneses. Y cuando llegue el momento, lo haremos.

No pasó mucho tiempo desde el 7 de diciembre antes de que las autoridades militares pusieran los avisos en los postes de teléfono diciéndoles a los japos que tenían que estar fuera de California para tal y cual fecha. En Seville, que se encuentra a unos sesenta kilómetros al sur de San Francisco, teníamos a varios japoneses con sus respectivos negocios; uno dirigía un vivero de flores, otro tenía un colmado. Los negocios habituales de poca monta que solían poseer, con los que se ganaban un centavo aquí y otro allá, haciendo que sus diez hijos hicieran todo el trabajo y, en general, viviendo a base de un tazón de arroz al día. Ninguna persona blanca

puede competir con ellos porque están dispuestos a trabajar a cambio de nada. De todos modos, tendrían que irse tanto si les gustaba como si no. En mi opinión, de todos modos, fue por su propio bien, porque muchos de nosotros estábamos nerviosos con la idea de los japos que saboteaban y espiaban. En el Seville High, un puñado de nosotros perseguimos a un niño japo y lo pateamos un poco, para mostrar cómo nos sentíamos. Su padre era dentista, si no recuerdo mal.

El único japo que yo conocía era uno que vivía frente a nosotros, al otro lado de la calle, un vendedor de seguros. Como todos ellos, tenía un gran jardín en los costados y en la parte trasera de la casa, y por las noches y los fines de semana solía aparecer con unos pantalones caqui, una camiseta y zapatillas de tenis, una manguera de jardín, un saco de abono, un rastrillo y una pala. Tenía muchas verduras japos que nunca llegué a reconocer, algunas judías, calabazas y melones, además de las remolachas y zanahorias habituales. Solía verlo arrancando las malas hierbas alrededor de las calabazas, y yo siempre decía:

—Ahí está otra vez Jack Calabaza en su jardín, en busca de una nueva cabeza.

Se parecía a Jack Calabaza, con el cuello delgado y la cabeza redonda. Se afeitaba el cráneo, como hacen ahora los estudiantes universitarios, y siempre sonreía. Tenía unos dientes enormes, y sus labios nunca los cubrían del todo.

La idea de ese japo vagando por ahí con una cabeza podrida, en busca de una cabeza nueva, era algo que solía obsesionarme antes de que los japos fueran expulsados de California. Tenía una apariencia tan poco saludable, sobre todo porque era tan delgado, alto y encorvado, que siempre estuve intentando adivinar qué enfermedad tenía. A mí me parecía que era tuberculosis. Durante cierto tiempo temí,

algo que me afectó durante semanas, que algún día estuviera en el jardín o caminando por su sendero de entrada para subir a su automóvil, y que se le rompiera el cuello y la cabeza se le desprendiera para acabar rodando a sus pies. Esperé con miedo a que eso sucediera, pero siempre miraba fuera de casa cuando lo oía. Y cuando estaba cerca, siempre lo oía, porque siempre carraspeaba y escupía. Su esposa también escupía, y era muy pequeña y bonita. Casi parecía una estrella de cine. Pero según mi madre, su inglés era tan malo que nadie intentaba hablar con ella; lo único que hacía era soltar risitas.

La idea de que el señor Watanaba se parecía a Jack Calabaza jamás se me habría ocurrido si no hubiera leído los libros de Oz en mis años niños. De hecho, todavía tenía algunos de ellos en mi habitación incluso durante la segunda guerra mundial. Los guardé con mis revistas de ciencia ficción, mi viejo microscopio y mi colección de minerales, y el modelo del sistema solar que había construido a comienzos de la escuela secundaria para la clase de ciencias. Cuando aparecieron por primera vez los libros de Oz, alrededor de 1900, todos los consideraron obras de ficción, como los libros de Julio Verne y H. G. Wells. Pero ahora estamos empezando a ver que, aunque los personajes en particular, como Ozma y el Mago y Dorothy, fueron creaciones de la mente de Baum, la idea de una civilización dentro del mundo no es tan fantástica. Recientemente, Richard Shaver ha dado una descripción detallada de una civilización dentro del mundo, y otros exploradores están a la búsqueda de hallazgos similares. También puede ser que los continentes perdidos de Mu y la Atlántida formen parte de la antigua cultura en la cual las tierras interiores desempeñaron un papel importante.

Hoy, en la década de 1950, toda la gente tiene puesta su atención arriba, en el cielo. La vida en otros mundos es lo



que atrae la atención de la gente. Y, sin embargo, en cualquier momento, el suelo puede abrirse bajo nuestros pies, y unas razas extrañas y misteriosas pueden surgir en mitad de todos nosotros. Merece la pena pensar en ello, y en California, con los terremotos que se producen, la situación es especialmente urgente. Cada vez que hay un terremoto me pregunto: «¿Esto va a abrir la grieta en el suelo que por fin revelará el mundo interior? ¿Será esta la definitiva?».

A veces, a la hora del almuerzo, he discutido sobre esto con la gente con la que trabajo, incluso con el señor Poity, que es el propietario del negocio. Mi experiencia en el tema ha sido que si alguno de ellos es consciente de la existencia de razas no terrestres, solo se preocupa por los ovnis y las razas que, pensamos, pueden venir del cielo. Eso es lo que yo llamaría intolerancia, incluso prejuicio, pero lleva mucho tiempo, incluso hoy en día, que los hechos científicos sean algo de conocimiento general. La mayoría de los científicos son reacios al cambio, de modo que depende de nosotros, del público con formación científica, ser la guardia de avanzada. Y sin embargo, he encontrado, incluso entre nosotros, que hay muchos a los que simplemente todo esto les importa un rábano. Mi hermana, por ejemplo. Durante estos últimos años, ella y su esposo han vivido en la zona noroeste del condado de Marin, y lo único que parece importarles es el budismo zen. Y con eso tenemos un ejemplo, justo en mi propia familia, de una persona que ha pasado de la curiosidad científica a una religión asiática que amenaza con ahogar la facultad del raciocinio que lo cuestiona todo con tanta seguridad como lo hizo el cristianismo.

El caso es que el señor Poity se interesa por el tema, y le he prestado algunos de los libros del coronel Churchward sobre Mu.

Mi trabajo en One-Day Dealers' Tire Service es interesante, y le saco algo de partido a mi habilidad con las herramientas, aunque muy poco a mi formación científica. Soy recauchutador de neumáticos. Lo que hacemos es recoger los lisos, es decir, los neumáticos que están desgastados, por lo que les queda poco o nada de huella, y luego yo y los demás recauchutadores tomamos un punzón caliente y abrimos un surco siguiendo el viejo patrón de la banda de rodadura. Así parece que todavía hay goma en el neumático, mientras que en realidad solo queda la tela de la carcasa. Y luego pintamos el neumático de nuevo con pintura de goma negra, por lo que parece un neumático bastante bueno. Por supuesto, si lo llevas en tu coche, basta con que pases por encima de una cerilla recién apagada, y ¡boom!, ya tienes la rueda pinchada. Pero, por lo general, un neumático recauchutado dura un mes aproximadamente. Por cierto, no puedes comprar ruedas como las que yo recauchuto. Solamente hacemos negocios al por mayor, es decir, con empresas de coches usados.

El sueldo no es muy alto, pero descifrar el dibujo original de la banda de rodadura es bastante divertido: a veces casi no se puede ver. De hecho, a veces solo un experto, un técnico capacitado como yo, puede verlo y rastrearlo. Y tienes que rastrearlo perfectamente, porque si te sales del viejo dibujo, dejas una marca con la que incluso un idiota puede darse cuenta de que aquello no lo ha hecho la máquina original. Cuando termino de recauchutar un neumático, no parece hecho a mano en absoluto. Se ve exactamente con el aspecto que tendría si lo hubiera hecho una máquina, y para un recauchutador, es la sensación más gratificante del mundo.